

---

**Ángel Santos Vaquero**

**MEMORIAS DE  
DOMÉNICO  
THEOTOKOPOULOS,  
EL GRECO**



Editorial LEDORIA  
J M R



**MIS MEMORIAS**

Yo, Jhoan Doméniko Theotokópoulos (éste es ciertamente mi verdadero nombre), en este año de 1585, en el que me he asentado en una vivienda más acorde con mis necesidades y mi personalidad, además de trabajar en mis cuadros y crear un taller donde aprendan aquellos jóvenes que tienen capacidad para la pintura, he decidido escribir mis memorias. En ellas recordaré primero mis inicios como artista, mis impresiones, mi visión del arte pictórico y los hechos de los que he sido testigo en esta magnífica imperial ciudad de Toledo desde mi llegada, para a continuación ir plasmando los que el devenir de la vida y Dios nos vaya enviando.

Yo, que nací en Candía, capital de la isla de Creta, protectorado de Venecia desde 1204, hace cuarenta y cuatro años<sup>1</sup>, que pasé a Venecia, después a Roma, y posteriormente a Madrid, me encuentro ahora en Toledo después de un infructuoso intento de afincarme en la corte del rey Felipe II. Desde muy joven sentí la llamada

---

<sup>1</sup> Comienza estas memorias el año 1585, como ha dicho; por lo tanto nació el año 1541

de la pintura y el deseo de expresarme por medio de ella. Obtuve el grado de maestro en mi isla natal, pero juzgué necesario alcanzar otros niveles dentro del arte pictórico y por ello decidí dar el salto, abandonar el ambiente cultural y artístico donde me había formado porque allí ya no podía aprender más. Así que en la primavera de 1567 me instalé en la Serenísima República de Venecia para completar mi educación artística con el trato y enseñanza de los grandes pintores venecianos: Tintoretto, Veronés, Bassano y, sobre todo, Tiziano, de quien fui ayudante. Pude realizar el viaje gracias a que el 26 de diciembre del año anterior, el Regimiento del Ducado de Creta emitió un permiso para que pudiera procederse a la venta, en lotería, de un icono que yo había pintado sobre *La Pasión de Cristo*. Fue tasado en setenta ducados y eso ofrecieron por él. Con ese dinero pude realizar el viaje. A esos grandes artistas les debo, como mínimo, un reconocimiento público que expresaré en breves palabras: de Tintoretto asimilé los tonos dramáticos, purpúreos y negros con trazos intercalados de toques claros y, sobre todo, aprendí a modelar los rostros con pinceladas sueltas y procurar que se concentre en ellos el interés del retrato; de Veronés asimilé algunos trucos técnicos y el uso de los colores ácidos (verdes y amarillos); de Bassano capté su toque enérgico, su tono descuidado, el tratamiento de los ropajes, la ambientación de las escenas en un amplio paisaje, perspectivas forzadas, un lenguaje figurativo en las escenas religiosas,

su pintura de borrones y manchas donde las figuras quedan, sólo aparentemente, sin acabar mediante un sabio uso de los empastes de los colores y las texturas cromáticas; de Tiziano aprendí a fragmentar y liberar la pincelada, a darle valor expresivo, dejarla como inacabada, a variar los colores de acuerdo con los efectos luminosos que se pretende dar, el dramatismo de las escenas, los efectos de brusca iluminación en los nocturnos, el volumen y movimiento de los cuerpos... No debo olvidarme tampoco de Schiavone, quien da un gracioso ritmo a sus composiciones. Pero he de dejar constancia de que no fui discípulo de un solo maestro, me mostré siempre con independencia de juicio y aprendí de cada uno de ellos lo que creí que más podía convenir a mi forma expresiva: técnica, color, sentido escenográfico, dramatismo, inquietud espiritual, paisajismo, tratamiento de los efectos lumínicos artificiales...

A finales de 1570 me trasladé a Roma, ciudad que creí podía proporcionarme una mayor ocasión de gloria, pero allí el arte del fallecido Miguel Ángel y de Rafael dominaba la ciudad de residencia de los papas. Antes me detuve en Parma donde pude estudiar las obras de Correggio y Parmigianino, del que me maravilló la «serpentinata», la forma más bella que he conocido de presentar el cuerpo humano. También me demoré un tanto en Florencia y en Siena. En estas dos ciudades examiné obras de Pontorno, Bronzino, Beccafumi y Sodoma. En Florencia me maravillaron los mosaicos que decoran las

amplias paredes de los templos y de sus altas cúpulas, plagados de figuras bizantinas llenas de espiritualidad y simbolismo y pude admirar las bellas figuras de los sepulcros de los Médicis y la extraordinaria estatua de la Piedad, del gran escultor y arquitecto Miguel Ángel. En Roma entablé una estrecha amistad con Giulio Clovio (que era hijo de griego y hablaba esa lengua), excelente miniaturista, quien me proporcionó la oportunidad de ingresar en el palacio de uno de los mecenas más importantes de su tiempo: el cardenal Alejandro Farnesio. En mi aceptación debió influir beneficiosamente el autorretrato que llevaba conmigo. Allí conocí al bibliotecario Fulvio Orsini, auténtico humanista, amante de todo lo relacionado con la antigüedad y poseedor de una importantísima colección de pintura, que pude examinar detenidamente. El año 1572 fui admitido en la Academia de San Lucas dentro de la modesta categoría de miniaturista, con lo que pude ejercer legalmente la profesión de pintor. Abrí taller y me especialicé en la producción de cuadros de devoción, de pequeño tamaño y baratos, a la espera de más importantes encargos. Admití como aprendiz a un italiano llamado Francesco de Preboste. No obstante, no tuve demasiada suerte en la Ciudad Eterna, aunque yo mismo me busqué la enemiga de los romanos. No se puede expresar públicamente, de manera sincera, la opinión crítica contra un personaje querido y admirado. Quizás pequé de orgulloso e ingenuo al emitir un juicio negativo sobre el arte de Buonarrotti

y ofrecerme para reemplazar los frescos que pintó en la Capilla Sixtina y presentarles más decentes y honestos a la vista de los que allí se reunían. Esto provocó el rechazo indignado de muchos artistas romanos, lo que me proporcionó la idea de que debía abandonar la ciudad si quería abrirme paso en el mundo del arte pictórico y labrarme un futuro como el que yo ambicionaba. De todas formas diré aquí, para descargo de mi conciencia, que admiraba la técnica de Miguel Ángel y su dominio del dibujo del cuerpo humano, aunque continuó creyendo que no sabía utilizar el color.

Son de grata memoria las tertulias que propiciaba Fulvio Orsini en el Palacio Farnesio bajo la protección del cardenal Alessandro. Allí pude acceder y mantener relaciones con un círculo selecto de eruditos, artistas y literatos, donde disfruté de las conversaciones ilustradas y de las especulaciones académicas que allí se pronunciaban. Amplié mis conocimientos sobre temas como la naturaleza y el artificio, las imágenes y los medios para representar lo divino, así como conceptos e ideas en los cuadros y los frescos; pero me rebelé contra el culto exagerado de todas las manifestaciones de la Antigüedad, y rechacé las beaterías de cualquier signo. Las fuentes clásicas podían utilizarse, pero no servir de pura copia. Estas ideas mías sobre el dogmatismo del color, la luz y la naturaleza y mis críticas a todos los artistas romanos, me supuso un rechazo y un vacío a mi alrededor que me desazonaba el alma, pero no podía renunciar a la forma

de ver y considerar la pintura sin dejar de ser yo mismo.

Una de las mejores cosas que me pudo suceder durante ésta mi estancia en Roma fue conocer a Benito Arias Montano, humanista y bibliotecario del rey Felipe II, y especialmente a don Luis de Castilla, joven clérigo e hijo del deán de la catedral de Toledo, don Diego de Castilla. La amistad que nos unió de principio continúa como el primer día. Gracias a sus consejos e insistencia comencé a considerar mi marcha a España y aprovechar las posibilidades que en esta nación existían para trabajar, debido a la construcción del Monasterio de El Escorial, así que aproveché una carta de recomendación que me dio Tiziano para el rey Felipe II, quien estaba buscando artistas para decorar las paredes de su majestuoso palacio y partí para esta nación.

Recuerdo como trabajos de juventud *La Adoración de los Reyes*, donde traté de acercarme a modelos clásicos romanos y alejarme un tanto de la tradición bizantina; *San Lucas pintando a la Virgen*, que comprendo ahora, con el paso del tiempo, que tiene un aspecto arcaico, aunque comprensible en el momento que lo concebí y pinté; *La dormición de la Virgen*, icono en el que asimismo quise presentar mi modo más moderno de ver la pintura y pasar por encima del arte clásico cretense. Representé doble escena, una terrestre con la Virgen en el lecho con las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad, y en la parte superior la Asunción, con Nuestra Señora acogida por Cristo y el Espíritu Santo, coronada



y pisando la media luna como señal de su nacimiento inmaculado. Otra *Adoración de los Reyes*. En un tríptico en tabla pintado al temple por el anverso y el reverso, lo que hace seis pinturas, inicié temas que más tarde trataría de manera semejante, pero ganando en madurez: en el centro del anverso dispuse *La coronación de un caballero cristiano con las tres virtudes teologales y escenas del Juicio Final*, y a ambos lados *La Adoración de los pastores* y *El Bautismo de Cristo*. En el reverso la *Vista del monte Sinaí*, con Moisés recibiendo las tablas de la Ley en la cima, Dios con Adán y Eva en el Paraíso ante el árbol de la ciencia del bien y del mal y *La Anunciación*. Escenas que jalonan las etapas de la historia del origen del mundo.

Entre mis primeros cuadros realizados en Venecia figuran: uno de tamaño pequeño representando a *San Francisco de Asís recibiendo los estigmas* (más tarde pintaría este suceso repetidas veces), una *Última Cena* El *entierro de Cristo* la *Huída a Egipto*, una *Adoración de los pastores*... Comencé a crear mis composiciones de grupos homogéneos de personajes aglutinados, a la vez que a presentar objetos aislados que conllevan un sentido simbólico. En Roma produje obras que me irían afianzando en el estilo que llevaba «in mente»: *El dulce nombre de Cristo*; *Muchacho soplando la brasa*; La *Última Cena*, en la que quise desmarcarme de la clásica mesa rectangular y representé la escena en una circular; *Curación del ciego*, de la que hice tres versiones (dos de ellas en

Roma) posteriormente. Se trata de una pintura argumental, con fondo abierto con pórticos, en la que Cristo aparece como protagonista. Reconozco que tiene una gran influencia del maestro Tiziano, tanto en la composición como en el color. En la segunda versión traté de eliminar lo que puede distraer, di menor importancia y atractivo al amplio espacio abierto y concentré el interés en la acción y en la persona de Jesús. En esta réplica Cristo y el ciego ocupan casi el centro del cuadro y acerqué la escena al primer plano. Hice ganar el rostro de Jesús en expresión dolorosa y compasiva. Proporcioné mucha más naturalidad y expresividad al conjunto. Hice desaparecer el hato del ciego y el perro, pues eran figuras que distraían la atención de lo principal de la historia. Tan satisfecho quedé de esta obra que me retraté en uno de los personajes que observan el acontecimiento.

Efectué una versión de *La expulsión de los mercaderes del templo*, donde reproduce el momento en que Cristo entra en el templo y arroja de manera violenta a cuantos allí vendían y compraban. Su figura es el eje del cuadro, quedando los grupos de los demás personajes equilibrados a ambos lados. Como la escena está más comprimida hice menos fondo. Intenté darle mucho dinamismo a la composición. En esta segunda versión (pues realicé una primera durante mi estancia en Venecia), quise homenajear a excelentes artistas incluyendo en el cuadro a Tiziano, Miguel Ángel, Clovio y Rafael. En el cuadro *Muchacho de la vela* traté de plasmar la representación de la luz

artificial y la deformación que produce en las figuras, dejando unas iluminadas y otras no. No pude evitar la influencia de Miguel Ángel (aunque me cueste reconocerlo) y pinté una *Piedad*, pero modifiqué la composición inscribiendo a los personajes en un triángulo que hiciese más compacto el grupo y mostrando más patética la mirada de la Madre que clama al cielo su dolor. El *Retrato de Giulio Clovio* intenta identificar al personaje con su profesión: pintor miniaturista. Por eso le puse un libro en la mano izquierda, su obra más famosa «Los Oficios de la Virgen», con el dedo índice de la derecha señalando las páginas en las que representó las escenas de la Creación del Sol y de la Luna y la Sagrada Familia. No he pretendido en ningún momento modificar el estado físico de mi amigo, por el contrario he tratado de retratarle tal y como se encontraba en aquel momento, con marcadas señales de ancianidad, barba y cabellos blancos, ojos cansados y piel arrugada. Otros retratos fueron el de *Vicencio Anastagi*, caballero de la orden de Malta, a quien representé vestido con media armadura, calzón de rica tela verde y calzas blancas, cuando fue nombrado en mayo de 1575 por Giacomo Boncompagni (hijo del papa Gregorio XIII y jefe de las tropas pontificias) «sergente maggiore» del Castillo de Sant ´Angelo en Roma. Denoté su jerarquía con la banda que atraviesa su pecho y el puño dorado de su espada, además de con su firme cabeza y mirada penetrante. Otros retratos fueron los de Giambattista della Porta, a quien proporcioné

expresividad con el movimiento de la mano derecha, mientras la izquierda la posaba sobre un libro, y el de Charles de Guise, cardenal de Lorena. También fue de mi época romana una *Anunciación*. Son obras que recuerdo, aunque no pretendo ser exhaustivo y enumerar todas mis creaciones.

Llegué a Madrid a finales del año 1576. Esta ciudad trae a mi memoria una gran decepción y una enorme alegría. No se me acoge en ella como yo había creído, pero conozco a la mujer que sería el amor de mi vida, doña Jerónima de las Cuevas, que me daría el único hijo que tengo. Decepcionado me vine a Toledo, aunque sin intención de quedarme en esta antigua ciudad, para llevar a cabo dos encargos que me hizo don Diego de Castilla, gracias al ascendiente que sobre éste tenía su hijo, mi amigo don Luis: el *retablo del convento de Santo Domingo el Viejo* y un lienzo para el altar de la sacristía de la catedral.

Según tengo oído, una señora, doña María de Silva, dama portuguesa que había venido en el servicio de la emperatriz Isabel, al quedar viuda de don Pedro González de Mendoza, mayordomo mayor que fue de palacio, y sin hijos, solicitó a las monjas cistercienses vivir en su convento de Santo Domingo de Silos, más conocido en Toledo por Santo Domingo el Viejo o Antiguo, para diferenciarlo del Real, como recluida voluntaria, sin profesar. Aquí se mantuvo durante treinta y siete años y po-





# AÑO DE 1602

He hecho un retrato a mi entrañable amigo don Antonio de Covarrubias. No he tratado de disimular su estado, muy avejentado, abatido, débil, desalentado, desfallecido, ensimismado en pensamientos decadentes, como vislumbrando los últimos acordes de su vida. Las mejillas hundidas, los ojos extraviados, con mirada indefinida, ausente, melancólica. Es así como le veo últimamente, con el ánimo totalmente decaído, lo que unido a su cada vez mayor sordera le aísla más de los que le rodean. Ya no participa, como era habitual en él, en los coloquios, discusiones y veladas literarias, teológicas, filosóficas, artísticas...

No me había equivocado. Ha muerto a finales del mes de diciembre don Antonio. La tristeza invade mi ánimo. He perdido uno de mis más valiosos amigos. Menos mal que todavía me quedan otros en los que refugiarme, además de mi hijo. Siempre lo recordaré, sobre todo cada vez que tome en mis manos el ejemplar de las obras de Jenofonte, impreso en Florencia en 1516 por Felipe de Iunta, que poseía y que me ha dejado como legado.

# AÑO DE 1614

Quiero dejar escritas estas memorias hasta el último momento en que el juicio me acompañe; pero como mi cuerpo físico ya no me permite hacerlo por mi mano, he pedido a mi hijo Jorge Manuel que sea el ejecutor manual de estos últimos pensamientos y noticias, por eso se notará la diferencia de letra con la que terminan estas mis memorias.

Continúan las dificultades económicas de mi hijo para proseguir las obras del Ayuntamiento. En enero ha vuelto a presentar una solicitud para que se le pague lo que se le está debiendo, pero al parecer no hay dinero para reanudar la labor, pues según el jurado comisario de las obras, don Fernando Ruiz de los Arcos, no existen fondos para ello. Este jurado ve en peligro la construcción, al no estar todavía cubierta y no poder acabarla el maestro encargado de las obras. Tanta es su preocupación que, según nos han comentado, se propone solicitar licencia al Consejo de Su Majestad para desviar parte del impuesto de Millones para poder continuar las obras y entre tanto buscar la dotación necesaria para terminarlas.



Muy afectado me encuentro, pues a mi estado físico se une la preocupación y congoja de ver a mi hijo preso por orden del Corregidor por no pagar a los oficiales a su órdenes ni a sus acreedores. Él por su parte ha vuelto a pedir que se le abone el pago pendiente o al menos una parte para cubrir sus deudas. Nuevamente hemos pedido ayuda a nuestro protector el doctor Angulo.

El 26 de octubre del año próximo pasado y el 2 de febrero de este, Jorge Manuel recibió algunas cantidades a cuenta de la obra del retablo del Hospital de Afuera y el día 20 se le ha pagado 1.300 reales de anticipo por la obra del corredor de las casas principales del marqués de Villena.

Estoy enfermo y echado en cama sin poderme mover. Veo que ya me queda poco tiempo y quiero dejar mis asuntos solucionados y preparar mi alma para que sea acogida benévolamente por el Señor. Como a mí me es imposible hacerlo a causa de mi enfermedad, estando en mi buen seso, juicio y entendimiento natural, creyendo y confesando todo aquello que cree y confiesa la Santa Madre Iglesia de Roma y en el misterio de la Santísima Trinidad, en cuya fe y creencia he vivido y quiero morir como buen y fiel cristiano católico, hoy 31 de marzo doy a mi hijo Jorge Manuel y a doña Jerónima de las Cuevas todo mi poder cumplido y bastante, tal y como de derecho se requiere, para que otorgue en mi nombre mi testamento y última voluntad ante escribano que dé fe de ello, como conviene al servicio de Dios

Nuestro Señor, salvación de mi alma y descargo de mi conciencia, según y como lo tengo comunicado y tratado con él, en quien tengo puesta toda mi confianza. En dicho testamento puede hacer y ordenar todas las mandas y legados píos y graciosos que le parecieren y las declaraciones, vínculos y gravámenes que bien vistos le fueren, lo cual quiero que así se guarde y cumpla.

Pero quiero que quede constancia de unos mis últimos deseos: que cuando Dios disponga llevarme de esta presente vida, mi cuerpo sea sepultado donde les pareciere a mis albaceas y se pague lo que costare de mis bienes. Que una vez cumplido, pagado y ejecutado lo contenido en este poder y el testamento que en virtud de él se hiciera, del remanente que quedare de todos mis bienes y hacienda tenidos o por tener, queda y dejo como mi universal heredero a mi hijo Jorge Manuel, para que los goce y disponga de ellos como más le conviniere, con la bendición de Dios y mía.

Para cumplir, pagar y ejecutar este poder y testamento que en virtud de él se hiciera y otorgare, dejo por mis albaceas y testamentarios a don Luis de Castilla, deán de la Santa Iglesia de la ciudad de Cuenca; al padre fray Domingo Banegas, profeso del monasterio de San Pedro Mártir de esta ciudad de Toledo y al dicho Jorge Manuel, mi hijo y de doña Jerónima de las Cuevas, a todos tres juntos y a cada uno de ellos por sí in sólidum, y les otorgo todo mi poder cumplido para que una vez que yo falleciere puedan apoderarse de todos mis bienes y puedan

venderlos y rematarlos en almoneda pública o fuera de ella y reciban y cobren los maravedís que por ellos les dieren, así como los que se me debieren y cumplan, paguen y ejecuten lo contenido en este poder y en el testamento que en virtud de él se hiciere y otorgare y puedan dar cartas de pago, finiquito, cesión o basto de lo que recibieren y cobraren como si yo las diere presente vivo, y para que pidan en juicio o fuera de él ejecuciones, prisiones, ventas y remates de bienes y hagan las diligencias judiciales y extrajudiciales que convengan y sean menester para ello.

Y por esta carta revoco, anulo y doy por ningunos y de ningún valor y efecto todos otros cualesquier testamentos, mandas, codicilos y poderes que haya dado o podido dar anteriormente y digo que sólo valga este poder que de presente hago, otorgo y firmo, y en virtud de él el testamento que mi hijo hiciere y otorgare. Son testigos de esta carta de poder Lorenzo de Molina, Cristóbal de San Miguel, el doctor Diógenes Parramonlio, Constantino Focas y Pedro de Olmedo, vecinos de Toledo.

Desaforado amor por la palabra

